

Quan ne vegis volar l' aureneta
per juntarse am l' altre, en soa niu;
pensa am mí y recorda m' aymía
de mos llabis aquell gran caliu.

Si contemplas la trista floreta
que boy sola se troba en lo camp;
pensa am mí que tot sol ¡ay! me trobo,
y sentint del amor fins la fam.

Si algún cop á ne 'l bosch sola 't trobas
y un soroll tot estrany porti 'l vent;
no t' esglayis, escóltal atenta
que ma yeu hi ourás al moment:

Hi ourás las paraulas que 't deya,
Hi ourás fins los meus juraments;
mos sospirs d' anyoransa y tristesa
anirán barrejats am los vents.

Si 'l teu cor sent desitjos encara
d' estimar á n' aquell que tant vols
¡valgam Deu! una cosa voldría:
que 's tornés lo teu cor fina pols;

perque aixís l' huracá de mas iras
per l' espay lo fondría al instant
y el veneno de la gelosía
no aniría mon ser corsecant.

P. GUBERT.

LA TORRE DEL ESPECTRO

En el castillo de Moncada existía en otro tiempo una torre á la cual el vulgo daba el nombre de *La torre del espectro*. Diz que ciertas noches se veía en ella luz, á pesar de hallarse inhabitada, y el vulgo suponía que cada sábado al dar las doce de la noche se asomaba á una ventana el espectro del noble caballero don Hugo de Moncada, muerto en 1278 á manos de un obscuro almogávar.

Sobre la muerte de este ilustre caballero recogí un día cierta tradición que podrá ser ó no cierta, pero que como me contaron cuento.

En una oscura y fría noche de noviembre de 1278, á corta distancia de Santa Coloma de Gramanet, y en un camino que iba costeano la orilla del Besós, se hallaba sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en un árbol, un hombre envuelto en aquella especie de manta parda que usaban los almogavares. Hubiérase dicho que dormía. Sin embargo, nada menos que esto. No dormía; esperaba.

Cualquiera que hubiese podido observarle á través de la obscuridad que reinaba, hubiérasele visto incorporarse bruscamente de pron-

to, avanzar la cabeza como si de interrogar tratase los ruidos de las noches buscando entre todos uno que fuese más familiar á su oído, y en seguida, como si este examen no le hubiese dado el resultado que esperaba, bajarse hasta tocar la tierra y aplicar el oído, permaneciendo más de un minuto tendido en el suelo y en una verdadera inmovilidad.

Al cabo de este tiempo se levantó satisfecho, y abandonando el árbol junto al cual había hasta entonces permanecido, fué á colocarse en mitad del camino.

Unos minutos después un ruido comenzó á hacerse sentir entre el silencio de la noche. Era el trote de un caballo. Acercándose fué poco á poco hacia el sitio donde estaba nuestro hombre misterioso, y bien pronto vió este surgir de entre las sombras el perfil de un jinete. Sin duda el que avanzaba vió también delinearse una sombra en mitad del camino, pues que, inclinándose sobre el cuello del caballo, sin no obstante moderar el paso de éste, gritó con voz robusta y varonil:

—¿Quién anda ahí?

—Un hombre que desea hablaros—contestó el desconocido.

El jinete tiró de la rienda y detuvo su caballo, y al propio tiempo que se inclinaba de nuevo como para descubrir mejor al que acababa de hablar, su mano derecha buscaba bajo la pelliza que le envolvía el pomo de la daga que siempre llevaban los caballeros de entonces en su cinto, daga pequeña y de punta agudísima que servía de arma arrojadiza á los que como el jinete de que hablamos, sabían dispararla con certero tino y desde gran distancia. Quizá el desconocido se apercibió de este manejo, pues hizo un movimiento como para adelantarse, pero le detuvo la voz del jinete.

—Dí lo que quieres sin adelantar un paso, ó te arrojo mi daga, y por la sangre de Cristo Nuestro Señor que no erraré de una pulgada tu corazón.

El desconocido, que había dejado caer el embozo de su manta, se cruzó de brazos, y dijo, mientras que una sonrisa indefinible vagaba por sus labios:

—¿Don Hugo de Moncada tiene miedo?

—¡Villano! gritó el jinete. ¿Cuando has visto ó has oído decir que hubiese temblado un Moncada? Perdónote tu insolencia en gracia de que me digas pronto lo que de mí deseas; pero antes de todo, empieza por decirme tu nombre, pues sabes el mio. No gusto de hablar con gente desconocida.

—Me llamo Farech el almogávar.

—¿Y qué es lo que quiere Farech el almo-